

Miedo



Cuando al fin Ariel logró salir de su casa, atravesar el jardín y cerrar el mínimo cerco que lo separaba del mundo exterior, el agua ya se acumulaba afuera como un supuesto presagio de sus temores. La verdad es que Ariel siente un miedo enfermizo al “allá afuera”, un temor que se ha hecho más y más inexpugnable por cada día que le han mostrado los dientes, por cada día en que lo han hecho callar como si solo él estuviera equivocado. Sin embargo, Ariel debe salir de su casa, como todos los meses, digamos que por mera cuestión de supervivencia.

Pero, pero, pero..., tras cerrar la reja, Ariel ha pensado de inmediato en el riachuelo que se forma al amparo de la calle y, a los diez pasos, su corazón ha comenzado a golpear con fuerza de timbal contra sus costillas. Creo que si esto

fuera un cuento de Kafka, lo más apropiado sería afirmar que Ariel se siente como una espantada A que tiene que llegar a H para ver a B a través de un inundado C. Se pone peor, puesto que después de tan solo quince pasos, Ariel ha visto en la otra vereda a una niña de unos doce años que lo mira con curiosidad debajo de un paraguas. Primero decide no hacerle caso, es un adulto, mas luego llega su madre, quien también se lo queda observando, o eso cree.

Ariel, sin intención de averiguar acerca de las miradas de ambas mujeres, decide apurar el paso, tanto que no se da cuenta de que el semáforo de la esquina está en rojo. Casi, casi lo han atropellado; sí lo han mojado, pero al menos sigue vivo, piensa. ¡Mierda! Lo han insultado horriblemente y aunque Ariel ha pensado en responder con otra palabrota... mejor no (no vaya a ser). Como era de esperarse, el hecho no ha pasado inadvertido: un peatón de impermeable se lo ha quedado mirando con cara de reproche. ¿Lo conoce? Decide apurar el paso: H está muy cerca... ¡Si tan solo no tuviera que comer! Empero ahí está, en la calle, con una parca que lo protege del agua, con unas botas de goma y sudando hasta el alma.

Cuando Ariel finalmente llega a H, B, que en este caso tiene nombre, Horacio, lo atiende como quien lo conoce desde hace mucho. Ariel se saca los guantes. Checa los paquetes. Revisa sus bolsillos. Extrae tres billetes. Paga. Se coloca los guantes. Toma sus cosas. Agradece. Se va.

Entonces, ya con los víveres en su poder, agua afuera, agua dentro, Ariel decide correr. Corre, corre, Ariel que el mal de ojo también puede aparecer. Corre, corre Ariel, pues también te puedes contagiar de algo que ni siquiera tenga nombre. Corre, corre, Ariel, que al fin has llegado a tu casa. ¡Oh! Pobre, pobre, Ariel, que encerrado en tu hogar republicano encontrarás la muerte, que siempre estuvo ahí, tras resbalar en tu ducha sin que nadie, nadie, se acuerde de ti.